

¡Malditos ecologistas!

Joaquín García-Huidobro

Hugo Herrera

Instituto de Filosofía de la
Universidad de los Andes

EL PRESIDENTE quiere mantener la luz prendida. A él le gusta la naturaleza, incluso tiene un campo en el sur, pero debe asegurar el suministro de electricidad. Sabe que el gas es caro, que el carbón es sucio y que las centrales nucleares son peligrosas.

En este contexto, los empresarios nos ofrecen la solución más eficiente. Ejerciendo sus derechos, hacen lobby y campañas publicitarias para convencernos de que su negocio es también el nuestro. Están dispuestos a asumir cargas gravosas para disminuir el impacto ambiental.

Las cosas calzarían a la perfección si no fuera porque aparecen los molestos ecologistas. Ellos protestan sin descanso, causan desorden, empañan la "imagen país" en el extranjero, amenazan a funcionarios públicos, tiran piedras y ponen trabas al desarrollo, en perjuicio, como siempre, de los más pobres.

¿Constituyen los ecologistas una traba al desarrollo económico del país? En cierto sentido, sí. Su discurso se parece

a veces a un grito, donde no hay matices o espacio para soluciones alternativas. ¿De dónde sacaremos la energía, sino de las represas? No se sabe. "Energías alternativas", dicen. "Ahorro en el consumo", agregan. Cual nuevos Quijotes se lanzan a llenar el país de molinos de viento y a complicarnos la vida; a nosotros, que estábamos tan contentos porque acabábamos de cambiar las ampollitas de nuestra casa por otras más "ecológicas".

Hay que reconocer, con todo, que el grito parece auténtico. Cualquier cosa podrá decirse de nuestros ecologistas, pero compromiso no les falta. Su clamor -a veces desagradable y fanático- es una queja apasionada que viene de lo profundo de la tierra. El suyo es un lamento doliente que clama por la belleza, por la naturaleza prístina, no sometida a la manipulación, al ahogante control de nuestra existencia tecnológica. Comparada con la naturaleza en estado puro, disminuye la importancia de unas lámparas más o menos.

Los ecologistas nos muestran que el

Sus excesos son criticables; sus contradicciones, muchas. Pero nos recuerdan que, más allá de las represas, no se trata sólo de cifras.

desarrollo no es sólo económico. Esa es la razón definitiva de su pasión. Por eso los argumentos económicos, elevados a la calidad de certeza última, no les convencen: porque la economía no alcanza la estética ni da cuenta de la naturalidad a la que aspiran. Muchos de sus contradictores reconocen que hay bienes humanos indisponibles. Los ecologistas dan un paso más y plantean: "¿No hay también en la naturaleza física ciertos bienes intocables? ¿O usted estaría dispuesto a poner un rascacielos en las Torres del Paine?".

Sus excesos son criticables; sus contradicciones, muchas. Pero nos hacen recordar que, más allá de lo que en definitiva se decida sobre las represas, no se trata aquí sólo de cifras. A su clamor desgarrado no se responde arrojándoles unos kilowatts por la cabeza. Ecología y economía, belleza y utilidad, siguen cada una sus reglas, que por momentos parecen incompatibles.

El caso HidroAysén nos muestra, como pocos, que la política es indispensable. La vieja y denostada política aparece como una actividad insustituible cuando se deben ponderar argumentos que provienen de lógicas concurrentes. Pero, ¿quedan políticos o tan sólo existen amantes del poder, que cambian de opinión con cada encuesta?